

MAX AUB: TRAS LOS DESTIERROS

Laurine Rousselet (Traducción de Fátima Rodríguez)

Bregar por resistir, afrontar la persecución sin hacerse a la fatalidad de cualquier suerte de tiranía, es lo propio de un hombre que, lejos de eclipsarse en el terrible malentendido del exilio, se afana por repeler la tragedia de la Historia y le planta cara a sus arbitrariedades. Las fronteras de esta existencia en fuga sobrepondrán así a la geometría de la ruptura el poderío de un deseo por servir a la libertad en pleno desarraigo. Max Aub (París, 1903 - México, 1972) midió con creces la grandeza de ser un azar en esa noche al raso del olvido.

Nacer, so pena de seguir existiendo: de padre alemán y madre francesa de origen judío-alemán (de nombre eslavo “Mohrenwitz”), tiene apenas once años en 1914, cuando ya llegan a sus oídos insultos como *sale boche*, o *sale juif*¹ y la familia se ve obligada a expatriarse. La burla es la ponzoña de la idiotez, pero esos agravios serán algo más, serán el principio de una persecución encarnizada. Su padre, acusado por el Estado francés de haber conservado su propia nacionalidad, tiene que refugiarse en Valencia. Ambos progenitores son agnósticos, viven en un horizonte liberal y envían al niño Max a la Escuela Moderna (institución laica de Francisco Ferrer), donde aprenderá a pasos agigantados la lengua española, que abrazará indefectiblemente su carrera de escritor. Desde muy joven, su vocación literaria, ligada a la travesía de una España en plena conmoción —es también representante de comercio—, pronto lo conduce a cruzarse con figuras de la intelectualidad de la época, Rafael Alberti, Luis Cernuda, Luis Buñuel, Dalí, Miró, Antonio Machado, Picasso... Apodado por Enrique Díez Canedo *el viajero de la poesía*, hace pública a los veintitrés años su primera pieza teatral, *Narciso*. En 1929, la política engendra en él un espíritu de resistencia y entra en el Partido Socialista Obrero Español. Semejante embestida en una realidad adversa parece ya prefigurar un talante remiso a la injusticia. Asumirá más tarde y por varios meses la dirección del diario socialista *Verdad*. Pero su vida se trastoca con el alzamiento franquista y, como delegado cultural de la embajada de España en París, se ocupa de encargar el *Guernica* de Picasso para la Exposición Universal de la ciudad Luz. Será sensible a la gracia de esa obra, crisol de contrastes de un realismo *irreal*, el de una “España [donde] siempre ha sido imposible separar lo que existe de lo imaginado”. Max Aub se reconoce en esa fidelidad de concordancias. Llegado a España en 1938 topa con André Malraux, que lo solicita para el rodaje de *Sierra de Teruel*, adaptación cinematográfica de su novela *L'Espoir* (texto “estaliniano”



pese al espíritu ya crítico de Malraux, quien, según atestiguan sus *Antimemorias*, no renegará de su lucha, aunque sí dio una buena viravuelta la noche de la firma del pacto germano-soviético: “la revolución a ese precio, no...”). Tras varios meses de estadía en Barcelona, y ante la avanzada de las tropas franquistas, ambos escritores alcanzan la frontera de los Pirineos para salvar las bobinas de la película. Sólo la muerte de Aub fijará el término de una amistad mutua². El encuentro entre Malraux y Aub fomentará nuevos malentendidos. Militante socialista trabajando con Malraux, del Partido Comunista, sufrirá una prueba más del vampirismo de Estado.

Y es que en marzo de 1940, Max Aub se ve denunciado ante el embajador franquista en París como “súbdito alemán (israelita) nacionalizado español por el gobierno rojo durante la Guerra Civil, y que se halla actualmente en Francia [...] comunista notorio de actividades peligrosas”. La policía francesa se encarga en sus informes de hacer acopio de calumnias, que permanecerán en sus archivos hasta 1958, fecha en que Aub logra retornar a Francia. Ya en 1951, desde su exilio mexicano, se emplearía de nuevo en denunciar la mentira, enviando una carta al Presidente de la República Francesa, Vincent Auriol: “Me denunciaron por comunista y para ser perdonado —¿de qué, señor Presidente?— tendría que devorar comunistas. Pero yo, ni soy comunista ni me los como: soy un liberal, un socialista liberal, supongo que entenderá usted fácilmente esta antinomia.” Empieza a partir de ahí un porvenir sometido al encarcelamiento y a tribulaciones diversas por su liberación: campo de refugiados de Vernet d’Ariège en repetidas ocasiones, campo de Djelfa en el Alto Atlas sahariano. Logrará salir en mayo del 42 merced a la intervención de don Edmundo González Roa (cónsul de México en Marsella por aquel entonces), de un jefe de policía gaulista y de Margaret Palmer, quien coordina desde Nueva York el organismo Emergency Rescue Committee (cuya misión es rescatar a los artistas y científicos amenazados por los nazis). Tras haberse retrasado su viaje y, de nuevo detenido por la policía

¹ Nombre con que se identificaba despectivamente a los alemanes. *Sucio alemán, sucio judío*.

² Aub sólo podrá ver el filme en 1960, pues el gobierno Daladier había vetado su estreno en 1938-39, el mismo gobierno que había decretado “la reclusión de todos los indeseables (entiéndase refugiados antinazis, antifascistas o antifranquistas)”, lo que Vichy no tardaría en llevar a la práctica. La obra sale en París en el año 45, pero los negativos son destruidos por la Gestapo, excepto uno solo, que se salva por la clandestinidad.

francesa, embarcará de Casablanca a Veracruz para un destierro de varios decenios; desde México seguirá manteniendo una asidua correspondencia con sus amigos escritores franceses y españoles en el exilio.

A pesar de parecer condenado a la migración y al cautiverio, Max Aub conservó sus manuscritos y proseguirá sin falla su labor de escritor en México: novela, relato, cuento, teatro, guiones cinematográficos. Su tesón literario abarca la miseria de la Guerra Civil, los nacionalismos de toda índole, el capitalismo y el imperialismo, amén de las medidas arbitrarias de todas las izquierdas, el horror de los campos de refugiados, el espanto de su propia existencia. Su vida en el campamento de Djelfa la compara con la experiencia de Solzhenitsin cuando lee *Un día en la vida de Ivan Denisovich*. Y sin embargo, no se desprende de esta rebeldía postrera victimismo alguno. Ironía, sarcasmo, humor negro (para muestra, sus *Crímenes ejemplares*, Finisterre, México, 1956), aportarán a la denodada energía de su prosa, que plasma el infierno de la privación, la grandeza de un sentimiento de lucidez capaz de darle la razón al heroísmo que entraña lo irreal. Así son pergeñados fechas, personajes, lugares, bajo el prisma de una veracidad siempre maltrecha. Y así también concibe un día un engendro, su doble, *Jusep Torres Campalans*, pintor cubista de genio inveterado que jamás existió. Disimulará la patraña desde 1958, y por varios años, ante un público movido por el sueño de una poesía sin lindes. Exposiciones, cuadernos, bocetos, testimonios, catálogos... Aub lidia con tesón en la contienda comprometida e indefectible contra lo real y sus espejismos: “[Por ser] escritor habría yo de entenderlo como persona: lo que realmente vive no es la gente, sino los personajes”. Pero nada hay de extraño en formular lo irracional para olvidar *lo verdadero* afirmado en el martirio: “Yo, Max Aub, no existo; el que respira es ese peligroso comunista que un soplón denunció un buen día para justificar la paga. Y ese soy yo —y no soy yo—, Max Aub, ese con quien estoy hablando y que, con todos los respetos, le escribe...”.

Viajará por toda Europa, incluida Checoslovaquia, hasta 1970, impartiendo conferencias sobre su obra. Su afán por compartir proclama la legitimidad inmutable del lenguaje, tras un prolongado exilio. “Salí de España por no permanecer callado —porque es mi forma de combatir, porque mi profesión es la de escritor— y no voy a ocultar mi verdad...” escribirá antes del retorno. En París, procura que sus libros sean traducidos. Gallimard edita en 1961 *Jusep Torres Campalans* y en 1967 *Dernières nouvelles de la guerre d'Espagne*. *Les Bonnes Intentions* las publica Stock en 1963. Y pese a ese interés editorial, Max Aub será tanto en Francia como en España un escritor mal conocido

hasta su muerte³. En 1966 será invitado a Jerusalén, en donde escribe en español *Imposible Sinai* (Seix Barral, Barcelona, 1982), testimonio de soldados israelíes y árabes que muestra sin proceso alguno lo insoluble de la guerra. A principios de 1969 obtendrá de las autoridades españolas y tras treinta años de exilio forzoso, un visado de tres meses. Estadía cruel en un país que no le reconoce, tal y como referirá en su diario *La gallina ciega* (Joaquín Mortiz, México, 1971). En 1972, culmina su colaboración con Luis Buñuel en el libro de conversaciones que le dedica y, a su vuelta a México, sucumbe a un infarto.

Sale la inspiración de las tinieblas para ponerle sello a la grandeza de la insumisión y del valor, llamada que da perpetuidad al trabajo creador. Max Aub se sirve de su exclusión para afirmar la clarividencia de la palabra, para saludar la Ausencia que honra al vivir. Publicar, por ejemplo, *La verdadera Historia de la muerte de Francisco Franco* (Libro Mex, México, 1960), invención del asesinato del dictador, era aún inconcebible en el París de los años 60. Enredar los sentidos, los sonidos, es este el tesoro inagotable que el impulso de la mano, de la tinta, rescata de la Historia. Max Aub se vio en la tesitura de arrancar a la conciencia colectiva la lúcida maravilla de una experiencia de la condición humana remisa a lo real. No hay obstáculo, ni identidad, ni océano alguno que invalide el necesario trabajo del escritor a la hora de desbaratar las servidumbres de cualquier suerte de razón de Estado. La soledad o la angustia letales no son sino fidelidades terrestres, contra las fuerzas hostiles a la elevación. Max Aub, aun encerrado en un territorio xenófobo y antisemita (cómplice de la barbarie nazi), o presa de la dictadura franquista, declara su propia guerra al desastre de una realidad que destruye la extensión de la nada, más que obvia: “Para vosotros, el Partido circunscribe la vida; es lo principal, para mí no. Para vosotros, es una condición esencial, para mí, una consecuencia. Vosotros vivís dentro, y yo tengo la intención de vivir fuera...” La tentación de sucumbir no subyuga al escritor más que en sus páginas. Y si cae en desgracia, es por amor a una verdad que refrenda en el ser humano la suerte de soñar. Max Aub denuncia los mecanismos de masas, los burdos dogmatismos, la indigesta fruición del Poder. El único peligro para un creador es llegar a sentir repugnancia por su obra y Aub nunca incurrió en semejante inercia mental. Nos deja, pues, una atención elevada a la imprescindible libertad de no ser uno más que el reflejo de su propia vida interior. ☐

Laurine Rousselet (Francia, 1974). Escritora francesa. Sus publicaciones de poesía son: *Tambour* (2003), *L'Ange Défunt*, prefacio e ilustraciones de Hubert Hadad (2003), *Mémoire de sel* (bilingüe, francés/árabe), prefacio de Marcel Moreau (2004), *Séquelles*, postfacio de Jude Stefan (2005); *Au jardin de la chair cernée*, ilustraciones de Thierry Le Saëc, libro de artista (2007) y *La Respiée* (bilingüe francés/catalán), prefacio de Bernard Noël (en prensa). Y de narrativa: *L'été de la trente et unième*, relato prologado por Marcel Moreau (2007).

³ España emitió un sello con su efigie el 2 de junio de 2003 por el centenario de su nacimiento. El ayuntamiento de París decide en febrero de 2005 colocar una placa conmemorativa en su casa natal.